

Arturo Pérez-Reverte



TERRITORIO COMANCHE

NOVELAS EJEMPLARES



JADRANKA



Petrinja 1991, Jadranka estaba esperando a Arturo y los demás. La dejaron a cargo de la furgoneta ...



Bosnia 1992, cuando llegó la Agrupación Málaga (Cascos Azules Españoles)



Jadranka junto al Director de Producción Yousaf Bokhari (rodaje de la película "Territorio Comanche")



JADRANKA VRSALOVIC-CAREVIC

Actualmente es traductora de reconocido prestigio, de libros de escritores croatas para diversas editoriales.

El 8 de marzo de 2007 participó en la presentación del libro "El retorno de Filip Latinovicz", de Miroslav Krleza en el Circulo de Bellas Artes de Madrid.



Miroslav Krleza.

El retorno de Filip Latinovicz.

Traducción de Jadranka Vrsalovic-Carevic.

Minúscula. Barcelona, 2007.

CIRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

ACCESO | CONTACTO | SERVICIOS | RECIBIR INFORMACIÓN | TIENDA

Google™ Custom Search buscar

RADI CIRCULO 100.4 FM

EXPOSICIONES ESPECTÁCULOS CINE HUMANIDADES TALLERES

CBA | **AGENDA** | CONMEMORACIONES | EDICIONES | PRENSA | PROFESIONALES | SOCIOS | JUVENIL

LUNES MARTES MIÉRCOLES JUEVES VIERNES SÁBADO DOMINGO

jueves 8 marzo 2007

HUMANIDADES

EL OTRO ENTRE NOSOTROS alteridad e inmigración
sala ramón gómez de la serna

CICLO QUÉ PRESENTE Y QUÉ FUTURO PARA ORIENTE MEDIO CONFERENCIA:
"SIRIA HOY. PERSPECTIVAS A MEDIO PLAZO EN EL CONTEXTO ECONÓMICO Y
GEPOLÍTICO DE ORIENTE MEDIO", A CARGO DE SAMIR AITA
19:00 sala valle-inclán
Presenta Juan Ciervo. Organiza Casa Árabe

PRESENTACIÓN DEL LIBRO CREER O NO CREER, DE ENRIQUE MIRET
MAGDALENA
20:00 sala maría zambrano
Participarán, además del autor, Juan Cruz, José Antonio Marina y Álvaro Pombo.
Editado por Aguilar

PRESENTACIÓN DEL LIBRO EL RETORNO DE FILIP LATINOVICZ, DE MIROSLAV
KRLEZA
20:00 sala nueva
Participarán Predrag Matvejevic, Mercedes Monmany, **Jadranka Vrsalovic-Carevic**, Valeria Bergalli y
Nikolina Zidek.
Edita Minúscula. Colabora Embajada de Croacia

AGENDA HOY

MARZO 2007

L	M	X	J	V	S	D
			1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

DESCARGA DEL MES
requiere adobe reader



Jadranka, la interprete croata, les hizo una foto a la vuelta: el camino lleno de escombros, un tanque serbio despanzurrado al fondo, Barles discutiendo con cara de pocos amigos y a su lado Márquez, la cámara al hombro, partiéndose de risa. De todos modos, le gustaba trabajar juntos. Ambos compartían el gusto por aquella forma de vida, y cierto sentido del humor rudo, introvertido y acre.

Se puso en pie y caminó por la carretera hacia la granja, cuyos muros oscuros se veían en el primer recodo. Jadranka, la intérprete croata, estaba detrás con el Nissán vuelto en dirección opuesta al puente, por si las cosas se ponían mal y era necesario largarse a toda prisa.

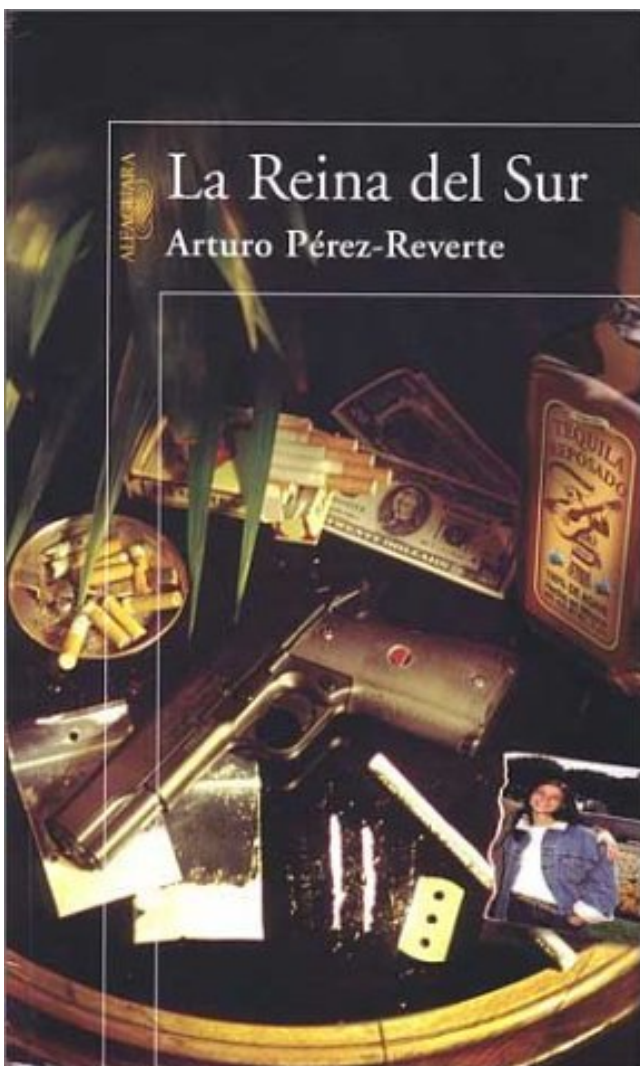
Todos ellos, Gruber y los chicos de Borovo Naselje, Mate y Mirko el bosnio, incluso Rado, el rubito pequeño que se enamoró de Jadranka, la intérprete, estaban ahora en fosas comunes, abonando los campos de maíz.

Aquella misma Jadranka, el amor platónico del pequeño Rado, estaba ahora en el Nissan, anotando las noticias que escuchaba por la radio, y levantó la cabeza para mirar a Barles, preocupada, cuando este abrió la puerta del coche. El periodista se preguntó si ella recordaría como él a Gruber y al resto de los muchachos de Vukovar. Imaginaba que sí, aunque Jadranka siempre se negaba a hablar de aquello, como si deseara olvidar un mal sueño. Vukovar fue su bautismo de fuego en una guerra que ella empezó como ardiente patriota para terminar decepcionada de la política, la guerra, los hombres y mujeres que manejaban los hilos de ambas. En 1992, tras dimitir de un influyente cargo oficial en el Gobierno Tudjman, Jadranka recuperó su plaza de profesora de castellano y catalán en la Universidad de Zagreb. Alternaba eso con trabajos de intérprete para la embajada de España, y sólo volvía a los frentes de batalla en muy raras ocasiones, para trabajar con Barles y Márquez, a 130 dólares la jornada. La unían a ellos lazos especiales; al fin y al cabo, a su lado había descubierto la guerra casi tres años atrás, moviéndose por toda Croacia de Petrinja a Osijek, de Vukovar a Pakrac; su currículum profesional como interprete de aquel verano-otoño del 91 estaba ligado a los nombres de las más crueles batallas entre federales yugoslavos y nacionalistas croatas. Era morena, grande y dulce, con el pelo prematuramente encanecido, y sostenía que muchas de aquellas canas correspondían a días de trabajo junto a Márquez y Barles. Odiaba las corridas de toros y consideraba a los españoles sanguinarios; lo que, viniendo de una croata, tenía mucha guasa.

Se habrían escapado de Jasenovac un par de años antes, cuando los tanques serbios cerraban la tenaza en torno a Dubica, pasando a toda velocidad por el punto donde la ruta iba quedar cortada diez minutos mas tarde. Antes de abandonar Dubica, Barles tuvo tiempo para rescatar de una iglesia en llamas dos misales ortodoxos del XVIII y un pequeño lienzo antiguo de San Nicolás, que cortó del marco con cuatro tajos de su Victorinox. -Se iba a quemar de todas formas -dijo. Aquello lo hizo acreedor a una bronca de Jadranka cuando esta supo que no tenía la menor intención de entregarlo a un museo o al ministerio de Cultura croata. -Pillaje se llama eso -repetía, indignada, mientras Márquez hacía volar el coche por la carretera-. Pillaje infame.

Barles abrió la boca para gritarle a Márquez lo del tanque, pero en ese instante oyó llegar la primera granada. Esta vez no era mortero sino tiro tenso, directo, sobre las inmediaciones del puente. Se tiró al suelo al oírla pasar sobre su cabeza, alta, con sonido de tela rasgada, y la oyó reventar mas atrás, al otro lado de la granja. El Nissan, pensó. Ojalá esos hijoputas no le den al Nissan. Después pensó en Jadranka. Ojalá esos hijoputas tampoco le den a ella.

LA REINA DEL SUR



Yo tenía aquel nombre entre mis notas: Oleg Yasikov, nacido en Solntsevo, un barrio más bien mafiosa de Moscú. Servicio militar con el todavía ejército soviético en Afganistán. Discotecas, hoteles y restaurantes en la Costa del Sol. Y Nino Juárez me completó el cuadro. Yasikov había recalado en la costa malagueña a finales de los ochenta, treintañero, políglota, despierto, recién bajado de un vuelo de Aeroflot y con treinta y cinco millones de dólares para gastar. Empezó comprando una discoteca de Marbella a la que llamó Jadranka y puso pronto de moda, y un par de años más tarde dirigía ya una sólida infraestructura de blanqueo de dinero, basada en la hostelería y los negocios inmobiliarios, terrenos cerca de la costa y apartamentos.

Los cuatro lo celebraron aquella misma noche, primero con una cena en casa Santiago y luego en Jadranka, donde se les unió Pati O'Farrell. Teresa supo más tarde que la gente del DOCS, los policías del comisario Nino Juárez, los estuvieron fotografiando desde una Mercury

camuflada, en el transcurso de un control de vigilancia rutinario; pero aquellas fotos no tuvieron consecuencias: los de la N'Drangheta nunca fueron identificados. Además, cuando pocos meses más tarde Nino Juárez entró en la nómina de sobornos de Teresa Mendoza, ese expediente, entre otras muchas cosas, se traspapeló para siempre.

(...)

La Jadranka de película, por ejemplo, si no en el físico, sí responde en carácter y circunstancias punto por punto a la Jadranka real, entre otras cosas porque, más tarde, durante el rodaje nuestra Jadranka adiestraría personalmente a Mirta Zecevic, la bella actriz que iba a encarnarla en la pantalla.

Rescatamos a Jadranka, mi curtida intérprete local, y nos acompañó Gerva Sánchez, fotógrafo de guerra, excelente y viejo amigo, cuya presencia y conversación —habla hasta por los codos, el canalla— me ayudaron a sobrellevar el gusanillo inevitable de las nostalgias.

Lo cierto es que la película siguió adelante, capeando diversos temporales como, entre otros, trabajar con dos equipos de producción, uno croata y otro bosnio, que se odiaban mutuamente y no paraban de hacerse putadas. Por fortuna, Gerardo recurrió a Jadranka, la auténtica, mi veterana intérprete de la guerra, para que adiestrara a la Jadranka de ficción y a los actores croatas y bosnios, y de paso ayudara a templar gaitas y coordinar aquella Babel lingüística, religiosa, racial e ideológica. Y Jadranka, siempre eficaz cuando decide poner a la gente a marcar el paso, terminó sacando no pocas castañas del fuego.



<http://www.icorso.com/foro.html>



A SANGRE FRÍA ARTURO PÉREZ-REVERTE

En territorio comanche

Cómo pasa el tiempo. Hacia dos años que el arriba firmante no se daba una vuelta por Bosnia: desde que decidí cambiar la profesión de mercenario de la tele por el ejercicio independiente de la tecla. Ahora acabo de estar allí un par de semanas, porque a Gerardo Herrero, que además de productor y director de cine es amigo mío, se le ha metido entre ceja y ceja hacer en septiembre una película basada en Territorio comanche. De modo que terminé liándome, y al final nos fuimos con todo el equipo de producción y dirección, incluyendo a Imanol Arias, que hará de reportero plumilla, y a Carmelo Gómez, elegido para encarnar a José Luis Márquez, el cámara protagonista del relato.

Aquello fue una especie de viaje de estudios surrealista, imagínense, puentes volados y pueblos hechos polvo, a la derecha los cañones serbios y a la izquierda Sarajevo, señoras y señores, cuidado con pisar las cunetas porque hay minas. Rescatamos a Jadranka, mi curtida intérprete local, y nos acompañó Gerva Sánchez, fotógrafo de guerra, excelente y viejo amigo, cuya presencia y conversación habla hasta por los codos, el tío me ayudaron a sobrellevar el gusanillo inevitable de las nostalgias. Debo decir en honor del equipo cinematográfico que trabajó duro y bien en la localización de exteriores. Incluso corrieron riesgos, sin rechistar siquiera cuando los condujimos por zonas todavía bajo control serbio o viejos frentes de batalla aún calientes. No es común que la gente se tome tan a pecho un rodaje. Será, creo, una digna película

No conocía personalmente a Imanol ni a Carmelo, y en este viaje tuve ocasión de tratarlos a fondo. Ambos me cayeron muy bien: profesional y resabiado veterano Imanol; vigoroso, vital y humanísimo Carmelo. Resultaba apasionante observar el modo en que, como esponjas, absorbían cuanto en el camino encontraban que pudiera serles útil para encarnar después sus personajes en la pantalla. Era divertido, en mitad de una conversación o un paseo entre las ruinas de tal o cual barrio, verlos tomar disimuladamente notas en cualquier sitio. Todo les valía: una actitud, un paisaje, un comentario, una broma de humor negro. Al final, tras los primeros días de desconcierto o estupor, asumido el horror que nos rodeaba, eran ellos los

que hablaban en la jerga de los reporteros que cubren guerras, con ese característico humor retorcido, lúcido, algo cínico, que es seña de identidad de la profesión. Hubo momentos en que parecían realmente periodistas, un equipo auténtico, e incluso yo mismo, a veces, me encontraba haciendo hacia ellos los viejos gestos familiares del oficio: hasta ese punto la ficción encarnada por gente de talento puede llegar a imbricarse con lo real. Estuvimos en la morgue del hospital, en el cementerio, en las líneas del frente. Dicen que aprendieron mucho en esas dos semanas, pero les aseguro a ustedes que, observándolos, yo aprendí de ellos todavía mucho más.

Una noche, en Sarajevo, en compañía de mi amigo Miguel Gil Moreno que un día se fue en moto a la guerra, lleva tres años en Bosnia y ahora curra de cámara para la Associated Press, decidimos llevar a Carmelo e Imanol de shopping a Grbavica, cuando los serbios aún estaban allí pegándoles fuego a las casas. Aquello todavía era la guerra de verdad, calles negras como boca de lobo o sólo iluminadas por los incendios, patrullas de IFOR y de las milicias serbias, barricadas y toda la parafernalia. Los dos aguantaron el tipo sin pestañear, bajándose del coche blindado para acompañar a Miguel cuando éste se movía cámara al hombro entre los edificios ardiendo. Para mí, aquella noche supuso recobrar, por unas horas, el ambiente del viejo oficio. Para Imanol y Carmelo, sentir en carne propia un territorio comanche en estado puro. Y cuando pasada la medianoche estábamos filmando una casa, solos ante las llamas, y llegó una patrulla serbia con muy mala leche y peores intenciones, y yo les dije a Imanol y Carmelo que si las cosas se ponían mal corrieran hacia la esquina y doblaran a la derecha en busca de una patrulla de IFOR, lo encajaron todo con la calma resignada de dos veteranos que no hubieran hecho otra cosa en toda su vida.

Después, aquella misma noche, vaciamos una botella de algo en el mal iluminado bar del hotel, mientras Gerva contaba historias de otros compañeros y otras guerras, y Miguel, siempre flaco, melancólico, jugueteaba con su viejo y abollado Zippo, en silencio. Yo miraba a Carmelo e Imanol con la satisfacción de quien ha llegado a la meta. Ya no parecían turistas, sino colegas. Tenían esos ojos cansados que se te quedan cuando miras el horror y la mierda.



Regreso a Vukovar

La noticia me habría pasado inadvertida de no ser por un tercio de columnita en página par de un diario: Croacia recupera Vukovar. Imagino que a la mayor parte de ustedes Vukovar le importa un carajo. Pero hace años, en el 91, el arriba firmante estuvo contándoles por la tele un montón de cosas de esa pequeña localidad de Eslavonia oriental, fronteriza entre Croacia y Serbia. Tiempos duros aquellos, cuando los serbios eran el chulo del barrio y tenían tanques y aviones y tenían de todo, y Europa miraba hacia otro lado y les dejaba pegarle fuego a los Balcanes con toda impunidad, y mi admirado don Javier Solana, entonces ministro de Exteriores, salía en cada telediario con espléndida sonrisa, diciendo estamos trabajando para detener esto, mientras su mediación, como la de los mierdas de sus colegas de la CEE, consistía en darles palmaditas en la espalda a Milosevic, Karadzic y a quienes ahora, lanzada a moro muerto, llaman criminales de guerra. Ustedes a lo mejor no se acuerdan, y al actual secretario general de la OTAN tampoco le conviene acordarse. Pero yo me acuerdo muy bien, porque estaba allí.

¿Saben ustedes lo que pasó en Vukovar? Pues que mientras don Javier Solana y Europa les hacían a los serbios un francés con todas sus letras, éstos cercaron la ciudad y la cañonearon. Y luego empezaron a lanzar ataques feroces con aviación y con tanques contra los defensores, armados apenas con escopetas de caza y algunas armas de fortuna. Todo eso se lo contábamos a ustedes en los telediarios Márquez, mi cámara de TVE, Jadranka, nuestra intérprete, y el arriba firmante, que nos pasamos aquel verano y aquel otoño corriendo como liebres delante de los tanques serbios por toda la Krajina y toda la puñetera Eslavonia oriental, entrando y saliendo de Vukovar por un caminito que había a través de los maizales, y nos abrimos de allí por los pelos, con los últimos heridos que aún podían andar, antes de que el cerrojo se cerrara para siempre. Luego se luchó casa por casa, y cuando por fin llegaron al centro de la ciudad, al hospital, los serbios los sacaron a todos y los mataron por el morro, uno tras otro. No hubo prisioneros en edad de combatir; a todos se los pasaron por la piedra fueron a dar en fosas comunes. Eso hicieron en Rado, que era un pequeñito y rubio y se fumaba siempre el tabaco de Márquez. También con Mate el gordito y con Mirko

el bosnio, que era callado y elegante y un experto en golpes de mano nocturnos. A sexymbol no llegaron a tiempo de asesinarlo, porque pisó antes una mina en los maizales, pro sí a su hermano Ivo. Los mataron a todos cuando se quedaron sin municiones y se rindieron. A todos incluido el comandante Grüber, que tenía veinticuatro años y era mi amigo; tanto que un día organizó un contraataque para ganar trescientos metros y que pudiéramos filmarlos tanques serbios de cerca, y los filmamos, y costó un muerto y cinco heridos que aquella noche Vukovar abriera el telediario. Al final, cuando Grüber ya estaba en el sótano del hospital con un pie arrancado y metralla en los pulmones, los serbios lo sacaron fuera con los otros heridos y le pegaron un tiro en la cabeza.

Todo eso me ha venido a la memoria ante la pequeña noticia del diario. El recuerdo de aquellas noches en las trincheras, en los sótanos o entre las ruinas de Vukovar. Las largas conversaciones en las que sólo veías del otro la brasa semioculta de un cigarrillo. El miedo, el coraje, la desesperación, la esperanza. Y el último adiós, aquel amanecer gris en que nos arrastramos por los maizales sin mirar atrás, sintiendo en nuestras espaldas los ojos de todos aquellos jóvenes que iban a morir porque no llevaban un carnet de prensa y un pasaporte en el bolsillo, y porque el ministro Solana y sus colegas no tenían ninguna prisa. Una enfermera superviviente nos contó más tarde que los últimos del grupo de Grüber —una veintena de muchachos entre los dieciocho y los veinticinco años— pelearon, ya con los serbios dentro del último reducto, hasta que no hubo munición que disparar. Que vendieron cara su piel y que no quedó nadie. Por eso, tras ver hoy el nombre de Vukovar en el diario, me serví un coñac, fui al vídeo y puse durante un rato algunas imágenes hechas por Márquez. Ahí están de nuevo Grüber y los otros. Les he dado hacia atrás y hacia delante a las cintas, viendo cómo sonríen, sueñan, fuman, combaten, hablan de la vida, del futuro. He congelado sus rostros muchas veces, recordando. He pasado la mañana bebiendo coñac con un grupo de chicos muertos.